

Unamuno y Colombia

Manuel García Blanco, estudioso y conocedor a fondo de la obra unamuniana, publicó en 1964 un libro titulado *América y Unamuno*, donde podemos apreciar los nexos del gran humanista de la Universidad de Salamanca con los escritores del Nuevo Mundo.

García Blanco hace referencia a las relaciones de Unamuno con los argentinos Manuel Gálvez y Ricardo Rojas, con el corifeo máximo del movimiento modernista en América Rubén Darío, con los uruguayos Juan Zorrilla de San Martín y Carlos Vaz Ferreira. Hay, además, un capítulo entero dedicado a Venezuela «Escritores venezolanos amigos de Unamuno» donde nos habla de la correspondencia con Pedro Emilio Coll, Manuel Díaz Rodríguez, Rómulo Gallegos y otros nombres más. México está representado en la persona de Alfonso Reyes y hasta Estados Unidos aparece a través de nombres: Whitman, Sidney Lanier (1842-1881), William Vaughn Moody (1869-1910) y el encantador poeta de Chicago Carl Sandburg (1878-1967), a quien yo conociera en un recital poético cuando hacía mis estudios de postgrado en la Universidad de Michigan, en Ann Arbor en 1958.

Para un colombiano aficionado al estudio de las letras iberoamericanas, causa sorpresa el no aparecer el nombre de Colombia en ninguna parte, máxime al considerar que a principio de siglo nuestro país mantenía una especie de hegemonía cultural en el Nuevo Mundo y que su capital, Bogotá, era llamada la Atenas de América, gracias a la preparación clásica inigualable de sus buenos escritores.

Sólo en el índice de nombres propios figuran ligeras referencias a Rufino José Cuervo, Jorge Isaacs, Max Grillo y José Asunción Silva, que pueden pasar casi desapercibidos para el lector ordinario. Es nuestro propósito hacer resaltar la correspondencia de uno de los miembros más destacados de la Generación del 98 en España, Miguel de Unamuno, con escritores nuestros, como Max Grillo, Cornelio Hispano, Samuel López, José Eustasio Rivera,

Luis Tablanca, Sanín Cano, Julio Vives Guerra, José Asunción Silva, etc. También incluiremos correspondencia con el político liberal Rafael Uribe Uribe y con Enrique Pérez, destacado periodista de la revista londinense, *Hispania*.

Don Miguel de Unamuno nunca llegó a pisar tierra americana, aunque tuviera la oportunidad de hacerlo en repetidas ocasiones, gracias a diversas invitaciones que tuvo que rehusar. Alfonso Reyes afirma que en una ocasión exclamó: «Si yo fuera joven, me iría a América.» Y en una carta escrita a su compatriota Luis de Zulueta, radicado en Colombia gracias a una invitación de Eduardo Santos, le comenta el 30 de marzo de 1916 lo siguiente:

Ya sabrá usted que no se arregla lo de mi viaje a América, y estoy preparando la amplia explicación que voy a dar a mi público de allá y a la Federación de Estudiantes de Buenos Aires, que me esperaban. Será un acre comentario de las miserias de la politiquería y de esa repugnante razón de partido para la cual no hay dignidad humana. Quiero comentar también la doctrina inmoral del secreto de la confianza ministerial. Ahora es a la Argentina, pero le puedo asegurar que luego, hecha la paz, será a Francia o acaso a los Estados Unidos.

Para españoles e hispanoamericanos trasterrarse constituye un rito: París para unos y América para los otros. Unamuno se pasó la vida soñando con los países hispanoamericanos, en los que tenía lectores y amigos —y aun pensó radicarse en Argentina—; Valle Inclán que fue apasionado de México asimiló después de una breve estancia en este país, modos de vida, vocabulario vernáculo y diversos aspectos de la vida mexicana en general, de las cuales nos deja recuerdos al hablarnos de la Niña Chole, de Tirano Banderas y de otras cosas más. Otros miembros de la Generación del 98, como Ramiro de Maeztu, viven en Cuba durante algún tiempo y aun el mismo Antonio Machado sólo por casualidad o por destino no se desplazó a Guatemala, pero sí lo hizo su hermano Joaquín. América seguía siendo exótica para los españoles de fines del siglo pasado.

No se puede negar que el profesor salmantino vivió atraído por las tierras americanas, sus habitantes y su cultura. Quizás como él quiere, esta predilección por lo americano la haya heredado de su padre, don Félix, que salió muy joven de su pueblo natal, Vergara, para irse a México, a Tepic, en busca de mejor fortuna. Esa misma atracción por América se nota en Ortega y Gasset, que quería que lo recordaran las generaciones futuras como «Ortega, el americano».

El padre de Unamuno regresó más tarde a España, como esos indianos ricos tan comunes en el Teatro del Siglo de Oro, cargado de dinero tal vez y amigo de relatar episodios de su vida en la capital azteca, conservando especial veneración por el padre de la Reforma Mexicana, Benito Juárez, retrato que guardaba con esmero en el álbum de la familia, al lado de otros creado-

res de América, como Abraham Lincoln, como bien lo atestigua Alfonso Reyes. También conservaba Don Félix en su modesta librería hogareña, libros relacionados con temas mexicanos. Unamuno nos relata en su artículo «Mi visión primera de México», publicado en 1907, lo siguiente:

En una traducción de historia de Méjico del P. Clavijero me ensayé en ir aprendiendo ciertos términos aztecas y en ir contemplando su calendario. Tradiciones mejicanas encendieron mi imaginación infantil.

Unamuno llegó a tener un buen conocimiento de la historia y literatura americanas por ser un incansable lector de libros y revistas americanas. Su colaboración en varios periódicos y revistas americanas le permitieron disfrutar de una estable tranquilidad económica, gracias a este maná americano, como bien se lo manifestara en una carta don Luis de Zulueta, fechada a 12 de diciembre de 1907, en Salamanca, donde le hace el siguiente comentario:

Yo estoy bien, muy bien. Mi situación económica se ha resuelto gracias a los americanos. Entre *La Nación*, de Buenos Aires —mi tribuna de hoy—; *Caras y Caretas*, también de Buenos Aires, y *El Diario Ilustrado*, de Santiago de Chile, me han emancipado, ¡gracias a Dios!, de la prensa española. Allí pagan triple que aquí y agradecen quintuple y a pesar de que les digo a los criollos, que pasan por vanos y quisquillosos, todo género de amargas verdades, no me llaman por eso paradojista ni inquieto, ni me suponen mal enterado. Se conocen y son modestos.

Unamuno recuerda la conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento de América, cuando vinieron de diferentes lugares, de distintos rincones americanos, estudiantes con sus respectivos estandartes y pabellones y los depositaron en la Universidad de Salamanca. Fue amigo y confidente de varios escritores americanos, como Alfonso Reyes que le descubriera y admirara sus cualidades de pintor; de Rubén Darío que fue el primero en descubrir al Unamuno como poeta auténtico; Gabriela Mistral con quien enfocara impíamente, el tema de los indios americanos. Al decirle ésta que aún quedaban indios en nuestros países, él le respondió: «¡No importa! ¡Que desaparezcan!», a lo que Gabriela replicó: «¡Ustedes mataron muchos, pero no los acabaron!»¹.

Conviene recordar que los años de más intenso interés unamuniano por la literatura hispanoamericana son los mismos en que el modernismo se adopta como expresión casi exclusiva en el ambiente literario hispánico. Y si tenemos en cuenta que el modernismo tiene raíces francesas, y que todos los jóvenes intelectuales de América vuelven sus miradas, no a la madre patria, sino hacia LA CIUDAD LUZ, comprenderemos entonces como don Miguel que

¹ Antonio Núñez Jiménez, «El eurocentrismo y el Encuentro de dos Mundos», en *Cuadernos Americanos*, México, año II, vol. 5 (sept.-octubre), 1988, págs. 76 a 88.

nunca pudo curarse de su *misogalismo crónico* como él mismo lo dijera, se pasó la vida gritando, vociferando, algunas veces con razón y otras sin ella, contra las nuevas formas literarias.

Unamuno admiraba la literatura colombiana, en parte por ser ésta castiza y por no mostrar influencia francesa. Pero su *misogalismo* lo llevaba muy lejos, haciéndole criticar injusta e indebidamente a escritores famosos de la talla de Rubén Darío, o, al otro extremo, ensalzar a escritores de bajo nivel artístico, como por ejemplo, el uruguayo Alberto Nin Frías, que hoy no lo recuerda ninguna antología.

Y lo que detestaba don Miguel en los jóvenes decadentistas hispanoamericanos era que adoraban sin reservas, a despecho de valores y bellezas nacionales hispánicas, a París, sin que París les hiciese caso alguno. Según Unamuno, el modernismo iba rebajando, destrozando, acabando el carácter nacional, hispánico de la literatura hispanoamericana y, de allí, que siempre se quejara de estos nuevos poetas. A Silva, uno de los iniciadores de este movimiento, le dedicó dos estudios, pero al discutir su poesía la encontró muy poco castiza, y no muy representativa de su tierra. Sin embargo, el poeta colombiano valorado por el profesor de Salamanca quizás en grado superior a Darío, a quien veía más recargado de una fuerte dosis francesa, reconocía que fue él quien «nos trajo las gallinas» y sin condenar las preocupaciones estilísticas del colombiano, le reconoció cuánto le debían muchos poetas, en una reseña escrita en 1908, el año en que se publicaron las Poesías de Silva. En un segundo artículo hace énfasis en la cualidad musical del lírico colombiano.

Unamuno colaboró en varias publicaciones colombianas: *El Nuevo Tiempo Literario*, *La Revista Trofeos*, *Alpha* (de Medellín), *Colombia*, *La Crónica Literaria*, *Arte* (de Ibagué), *Revista de las Indias*, *Revista Manizales*, etc. Y se sintió atraído por la región antioqueña, por su tradicionalismo que le recordaba épocas de un pasado español glorioso, no impregnado con doctrinas estéticas foráneas, sino de pura cepa española. De allí sus referencias a estos autores regionales, porque como bien se lo confesaba a Julio Vives Guerra, «es ya antigua mi debilidad por las cosas antioqueñas», decía en 1910. Y en el prólogo a Silva encontramos referencias concretas de escritores antioqueños:

No ha mucho volvía yo a visitarlo en una novela de Tomás Carrasquilla y me parecía volver a la España campesina de hace unos siglos.

Su lengua, el castellano que se habla y escribe en Colombia, es el que más lejos de casticismo tiene para nosotros; conserva ciertas voces y giros arcaicos que aquí van desapareciendo. Al leer novelas y relatos, sobre todo de la región antioqueña, en el corazón de los Andes, de Carrasquilla, de Latorre, de Rendón, me ha parecido verme transportado a rincones de una España que sólo fue o está yéndose.

Unamuno, en su desesperado amor tradicionalista, llega a valorar erróneamente a escritores secundarios que ya nadie recuerda, como a Francisco

de Paula Rendón, escritor costumbrista autor de *El Palacio de la Felicidad*, publicado en *Alpha*, y a Gabriel Latorre, traductor y poeta, que también colaboraba frecuentemente en la misma revista.

UNAMUNO Y MAX GRILLO

Durante treinta años sostuvo correspondencia epistolar con el Rector de la Universidad de Salamanca, oigámosle:

Mi primera entrevista con don Miguel de Unamuno efectuóse en Hendaya. Hallábase él en el destierro que le impuso Primo de Rivera, y como eran tan de su solar y de su estirpe sentía hondamente la nostalgia de su España y acercábase a su frontera para dialogar, en tierra francesa, con los campesinos vascos, que no le parlaban de arquitecturas filosóficas o de humanidades salmantinas sino de sus encinares y de sus rebaños.

Max Grillo había visitado España. Era un hombre culto que había dirigido con Sanín Cano la *Revista Contemporánea*, órgano de difusión del modernismo en Colombia y Unamuno estaba un poco resentido con él porque no le visitara en Salamanca, donde había conocido a tantos escritores americanos, adjudicándole las malas lenguas que había sido despedido de la rectoría de la Universidad de Salamanca bajo el pretexto de haber concedido indebidamente validez académica a dos títulos hispanoamericanos.

Unamuno llegó a pensar en traer profesores para que dictaran conferencias en el Alma Mater de su universidad, ofreciéndole dicha oportunidad a Alfonso Reyes, y a muchos escritores de estos rincones de América que lo visitaron en Salamanca les servía de guía, a través de los claustros y salones de la *Universidad salmantina*. De su primera entrevista con Max Grillo, Unamuno comenta:

Hablamos de la literatura americana. Se expresó con gran elogio del prólogo de Juan de Dios Uribe a las poesías de A. J. Restrepo. En cambio, a los versos del autor *Ni Rey ni Roque* los calificó de soflamas. Para él, Guillermo Valencia era el mejor poeta francés que había escrito en castellano, y *Entrañas de Niño*, de Carrasquilla, una novela que le encantaba.

Max Grillo hace referencia a una carta fechada en noviembre de 1904, donde el escritor vasco hace un juicio halagador de su obra:

Hora es de que le escriba. No lo hacía esperando la noticia que hoy le doy y es que no hace aún cuatro días remití a Madrid, a la revista *La Lectura*, una larga nota referente a sus *Emociones de la guerra*. Es una de las notas que he escrito más a mi gusto y con mayor espontaneidad.

Como yo escribí una novela, *Paz en la guerra*, cuyo fondo histórico es la última guerra española entre liberales y carlistas (1873 a 1876), hago en mi nota referencias a ella, porque no puede usted imaginarse analogías más profundas. Cuando usted dice del generalísimo Vargas Santos, de quien hizo usted un magnífico retrato, me recordaba a Elio. El general Pinzón está magistralmente mostrado...

Hace usted bien en cantar al río Magdalena. El infinito se llama «aquí»... Hay que buscar lo grande en el propio país y en el propio tiempo. Lo mejor que tiene su libro sobre la guerra civil de los tres años es que se encontró usted con un tema digno de inspiración. Crea usted que se hacen cosas más personales contando o cantando lo que uno ha vivido, que no inventando el asunto del canto o del cuento. Cuando un novelista tiene fuerza bastante de imaginación para ello, en vez de escribir novelas, escribe historias. Dar vida a un personaje que existió realmente, sin faltar a la verdad histórica; exige más inspiración que crear un personaje. Si Michelet no hubiera tenido tan soberana y fuerte imaginación habría escrito novelas y no historia.

En otra carta dirigida a Max Grillo de fecha 25 de julio de 1905, se defiende don Miguel de la censura que le hace Fray Nicolás, Obispo de Casanare, en carta publicada en *El Nuevo Tiempo*, en donde «el buen señor la emprende contra mí, demostrando su profunda ignorancia en teología católica».

El 13 de octubre, posiblemente de ese mismo año de 1905 le dirige otra carta al colombiano desde Salamanca, donde hace alusión a Silva:

Gracias, muchas gracias, por lo que me dice de mi prólogo a Silva. No sé, si usted dice, he adivinado al hombre, pero no es difícil. ¡A través de sus versos se ve tanto en Silva que me pasó a mí! Y a mí me libró de su fin el haberse casado a tiempo. Además, ese Bogotá, tal y como a la distancia lo veo, se me parece algo como a mi Bilbao de hace treinta años, cuando yo tenía 24.

No sé si usted conoce otra cosa que dediqué a Silva un artículo en *La Nación*, de Buenos Aires. Es que después de hecho el prólogo me quedaba qué decir.

Tenga en cuenta que yo no conozco a Baudelaire, en quien me dijo en Bilbao un amigo está muy inspirado Silva. Aun así, Silva me parece que repensó, mejor que resistió, cuanto vio en otros.

Esta última carta que conocemos de Unamuno a Max Grillo nos parece muy reveladora, no sólo por lo que atañe a Silva, sino por la mención que hace sobre un posible suicidio del cual lo libró «el haberse casado a tiempo». Nosotros ya habíamos pensado en el tema del suicidio en Unamuno al leer y releer *San Manuel Bueno, mártir*, especialmente en la figura del clérigo de Lucerna, cuando contempla el lago pensativo, queriendo quizás sumergirse en sus aguas para dejar de vivir esa vida de hipocresía, defendiendo y predicando algo de lo que duda completamente.

UNAMUNO Y SAMUEL LÓPEZ

Este escritor caldense oriundo de Salamina, había aprendido el griego por su propia cuenta, llegando a tal dominio del idioma helénico que podía traducirlo correctamente. Del poeta portugués don Eugenio de Castro hizo una traducción de *El anillo de Polícrates*, obra esta que mereció el elogio de escritores como Rubén Darío, Vargas Vila, José Enrique Rodó, y hasta del francés Reny de Gourmont, que lo felicitaron muy efusivamente.

Samuel López envió copias de su libro a diversos escritores de la época, y conociendo el prestigio de Unamuno como catedrático de griego en la Universidad de Salamanca, le envió un ejemplar. Don Miguel le respondió acusando recibo de la obra:

El Rector de la Universidad de Salamanca
Particular
Don Samuel López:
Muy señor mío:

Recibí su traducción de *El anillo de Polícrates* de Eugenio de Castro, el exquisito poeta portugués y uno de mis mejores y más leales amigos personales. Espero verle pronto otra vez más.

También yo he tenido el propósito de traducir el para mí gusto supremo poema de Castro, pero mi traducción habría de ser en verso, en el mismo verso de endecasílabos libres, del original.

Me complace que haya por ahí quien se interese en literatura portuguesa. Le supongo conocedor de *Loas de Dens*, de Guerra Zuqueiro, de Correa d'Oliveira, de *As claridades* de Gómez Letal (lo demás suyo vale poco), de Peipeira de Pascoães (cuyas sombras le recomiendo, si no las conoce) y de otros. Es un pueblo desgraciado que ha dado exquisitos poetas y el único gran historiador artista de la Península Ibérica, Oliveira Martins. Su *Historia de Portugal* y su *Portugal Contemporáneo* son monumentos que honrarían a cualquier literatura.

Gracias por lo que me dice de mi prólogo a Silva.

Queda suyo Afmo.

Miguel de Unamuno

UNAMUNO Y ENRIQUE PÉREZ

El colombiano Enrique Pérez, periodista colaborador de la revista *Hispania*, de Londres, había propuesto un Congreso Internacional de Estudiantes Hispanoparlantes (núm. 4, abril de 1912), como medio eficaz para realizar el ideal de fraternidad entre los pueblos de habla castellana.

Fueron muchos los escritores que acogieron esta iniciativa, entre ellos: A. Maura, Miguel de Unamuno, José Echagaray, S. y J. Alvarez Quintero, Car-

men de Burgos, Ramiro de Maeztu, etc. Reproducimos a continuación la carta de Unamuno:

Sr. Don Enrique Pérez:

Tendré que dejar la primera parte de su artículo «América y España», porque es punto que daría mucho que decir. Desde luego abundo en su criterio y estimo más que parciales las aseveraciones del señor del Villar. Una cosa es lo que dicen los españoles que vuelven de América y que acaso allí no han tratado sino con plebe que es en todas partes xenófoba, y además depende de cómo se le trate, y otra cosa lo que yo, en años de asiduas lecturas de lo mejor de la intelectualidad hispanoamericana, he podido recoger de ellas. Y he visto que a medida que los americanos se estudian más y mejor a sí mismos, se acercan más a lo eterno español. Tendrá que repetirlo que la sangre del espíritu es la lengua. Y hoy la América española necesita la lengua para unirse. Sabe que es una locura que del viejo castellano se hagan lenguas argentina, chilena, colombiana, mexicana, etc.

Pero vamos a lo del Congreso de Estudiantes. Hace veinte años, en 1892, cuando ya empezaba mi profesorado, vinieron de América algunos estudiantes con motivo del Centenario de Colón, y aún recuerdo lo entusiasta de la acogida. En la capilla de esta Universidad de Salamanca se conservan algunos de los estandartes que en una excursión a esta vieja matriz universitaria trajeron.

El proyecto de usted es magnífico. Aparte de estas ventajas, traería la de abrir los horizontes de nuestra clase escolar española, que parece querer sacudirse de un largo marasmo.

Yo hago cuando puedo por despertar en ellos curiosidad siquiera hacia esa Hispania máxima, hacia los pueblos todos de habla española, hacia su historia, su literatura, sus ansias. He dado lectores a los grandes espíritus de la América española, y este Congreso me parece mejor, cien veces mejor, que un Congreso de profesores. Creo que lo que hay que juntar es la juventud.

Cuente usted, pues, conmigo y dígame qué debo hacer en apoyo de su proyecto.

Sabe cuán su amigo es
Miguel de Unamuno².

La fraternidad del mundo hispano-parlante fue el tema de una contribución de Enrique Pérez al número de enero de *Hispania*. El periodista colombiano buscaba un pacto de acercamiento entre los pueblos de habla castellana, que podría resumirse en la siguiente proposición:

El fomento, por todos los medios posibles, del intercambio de productos y del acercamiento intelectual y artístico con la Madre España, cuna de nuestros mayores, y a la cual nos une el inquebrantable vínculo

² *Hispania*, núm. 5, mayo de 1912, págs. 145 y 146.

que forma la sagrada trilogía del idioma, la religión y la raza (*Hispania*, abril 1 de 1912).

Uno de los primeros en responder con entusiasmo al manifiesto fue el profesor salmantino. Veamos su respuesta:

Opinión del señor don Miguel de Unamuno, Rector de la Universidad de Salamanca

Siento tener que decir que el generoso manifiesto a los pueblos americanos transcrito en el número 3 de *Hispania*, no me parece sino una nobilísima aspiración hoy por hoy impracticable.

La constitución de las llamadas grandes Potencias de Europa en dos grupos distintos, no es sino la constitución de la plutocracia o capitalismo de todas ellas en un solo grupo para oprimir a las naciones débiles, es decir, pobres, y para oprimir a la vez y explotar al proletariado de todas partes. Su objeto principal es buscarse mercados compulsivos con el fraude o con la violencia, con tratados y protectorados a cañonazos, para verter en ellos el sobrante de sus capitales que no encuentran empleo remunerativo en su propia tierra, y aquella parte de su población hecha sobrante por el régimen económico actual.

La paz armada no es más que una guerra civil de clases. La paz armada no va de unas naciones contra otras, sino del capitalismo de todas ellas contra el proletariado. La actual huelga de los mineros de carbón, de la Gran Bretaña, es una de las más grandes batallas que se han dado a esa paz armada que está acabando con la civilización cristiana. Y como los Estados Unidos de la América del Norte, el país de los grandes sindicatos y los grandes millonarios, está hoy en tal respecto más europeizado que Europa y es uno de los baluartes del capitalismo, paréceme locura esperar de él otra cosa que hipócritas promesas.

La declaración de Monroe en 1823, no significa hoy en la patria de este hombre una doctrina a favor de los pueblos americanos todos, sino a favor del capitalismo yanqui. El sistema político de Norteamérica es hoy esencialmente el mismo que el de las Potencias europeas aliadas, y la conquista de las Islas Filipinas por aquella gran república imperial, en nada se distingue de la conquista de Madagascar, Marruecos o Trípoli, si no es a favor de los europeos.

La debilidad de las Repúblicas americanas que no sean la colosal República Imperio, proviene de su debilidad económica, de que necesitan de capitales y de brazos de fuera para la explotación de sus riquezas naturales. Y así se convierten en campo de acción del capitalismo yanqui, que las explotará respetando su independencia política, cuando así le sea más cómodo explotarla, pero acudirá, cuando los intereses de ese capitalismo lo exijan, a desmembrarlas, a someterlas y hasta a corromperlas.

Acudirá al embuste si es preciso y gritará después ¡remember! provocará revoluciones y disturbios para tener pretextos de intervenir en

ellos; alegará los supremos intereses de la cultura, y procederá unas veces hipócrita, y otras cínicamente. Y Monroe, o Washington, o quien sea, servirán de alchahuetes a Maquiavelo.

Y si algún americano ha celebrado el salir bajo el dominio de una nación europea como España, para ir, no a la independencia, sino a la sumisión, o lo que es peor, al protectorado de los Estados Unidos, es porque todo el mundo prefiere ser criado de un rico a serlo de un pobre. Ni más, ni menos.

No es, pues, el problema, a mi ver, un problema político, sino económico, y no se trata sino de perpetuar el régimen capitalista actual, destructor de la civilización y de la moral cristianas. Y esos mismos Estados Unidos de la América del Norte que pregonaron la doctrina Monroe, y la repiten cuando a sus plutócratas les conviene, con el característico canto hipócrita heredado de los puritanos, reclamarán su parte en África, en Asia, en Australia, en Europa misma, como la cogieron en Filipinas, cuando a sus intereses de clase les convenga.

Hay que repetirlo una y mil veces; el problema es económico-social, y sólo han de resolverlo los que, como los mineros ingleses ahora, peleen contra el régimen que se apoya en la paz armada, en las colonias, en los protectorados, en los pactos secretos y en las alianzas vergonzosas de los poderosos de la fortuna.

Miguel de Unamuno
Salamanca, marzo 1912.

El profesor de Salamanca aprovechó esta oportunidad para señalar, como lo hiciera el panfletista colombiano José María Vargas Vila para atacar abiertamente la política imperialista de los Estados Unidos, y en especial la hipócrita doctrina Monroe, que se vale de todos los medios a su alcance para intervenir en sus negocios internos.

UNAMUNO Y LUIS TABLANCA

Enrique Pardo Farello, más conocido en los anales de la literatura colombiana como Luis Tablanca, nació en El Carmen, Norte de Santander, en 1883. Fue cuentista, novelista y poeta. También colaboró asiduamente en los suplementos literarios capitalinos de *El Espectador*, *El Tiempo*, *El Gráfico*, *Cromos*, etc. En Madrid publicó *Cuentos sencillos* y *Cuentos fugaces*. En Barcelona en 1917, Tomás Carrasquilla coloca a Tablanca dentro de los mejores cuentistas de habla española.

Al publicar su primer libro de cuentos en 1908, el autor le envió un ejemplar con una carta a Miguel de Unamuno, y éste al acusar recibo del mismo, le respondió, en forma manuscrita, esta bella eskuela aleccionadora y optimista:

Sr. D. Luis Tablanca:

Entre los libros que he dejado sobre mi mesa de trabajo figura, mi

estimado señor, sus *Cuentos sencillos*. A ver cuándo tengo un respiro para hojearlo. De lo que no sé decirle es de eso de «mis veinticinco años, ya un poco fríos y demasiado vividos». Espero que se le calentarán y comprenderá algún día que no ha empezado a vivir. No creo en general en los desengaños prematuros. A los veinticinco años apenas si se tiene esperanzas. Las esperanzas se forman con recuerdos, y el que no ha dejado camino detrás de sí no tiene camino a la vista. El porvenir es una proyección del pasado. Dentro de los años sentirá usted de otro modo y para entonces le emplaza su afectísimo.
Miguel de Unamuno ³.

UNAMUNO Y JOSÉ EUSTASIO RIVERA

Rivera escribió para los juegos florales de Ibaqué, una *Oda a España*, en 1910 y al tener conocimiento de ello, Unamuno le felicitó calurosamente al autor de *La Voragine*. Reproducimos parte de la composición:

ODA A ESPAÑA

Cuando te miro, España, convencida
De que toda la época presente
Algo te pide colosal, me lleno
De creciente fervor, porque atrevida
clama una voz secreta que en tu seno
late un fecundo borbotar de vida.
Quién pudiera saber si aún no ha llegado
Tu siglo, o si tu obra está cumplida
Y tras de germinar en el pasado,
Se acerca al porvenir!
Una vislumbre
Precursora de incógnita proeza
Tiñe el futuro... Y cuando aquella lumbre
Se apaga, el mundo urgido le confiesa
A los ámbitos plenos, que eres una
Potestad con hastío de grandeza!
Por tu noble panoplia pasa un vago
sueño de triunfo. El águila pujante
que revoló del Cántabro a Cartago,
me ve llegar y aquietar la cortante
garra temida que afiló el estrago;
entonces, para hundirme en tu memoria
tus éxitos invoco... y de la Historia
se abren al punto las sagradas puertas;
Penetro, y a la voz de mi entusiasmo
reviven todas las edades muertas.

³ Magazín Dominical *El Espectador*, núm. 40 (diciembre, 18 de 1983), «Centenario de Luis Tablanca», págs. 8 y 9.

Hago hablar a los héroes que impusieron
 silencio al mundo. Lívido, a mí instancia,
 Escipión me señala con su mano
 el avérrnico incendio de Numancia.
 Otros, de lo que fue tu soberano
 poder, conmigo hablan. Cuando evoca
 mi mente el brío de marcial contienda,
 la grave sombra de tu Cid me toca
 con su épico halo de leyenda;
 y levantando oleadas en mi espanto,
 me asaltan, humeantes todavía,
 las heroicas galeras de Lepanto!

..... 4

UNAMUNO Y SANÍN CANO

El 15 de marzo de 1905, Sanín Cano, en calidad de liberal, y como primer suplente del General Rafael Uribe Uribe, toma parte en la Asamblea Nacional convocada por el General Rafael Reyes luego de haber cerrado el Congreso. Cuando cayó Reyes se vio obligado a trasladarse a Londres y allí trabajó como profesor de español para poder subsistir. Más tarde vuelve a tomar contacto con el periodismo y al lado de Santiago Pérez Triana, escribe artículos y ensayos en la revista *Hispania*, que lo colocan como uno de los críticos más agudos del continente. A partir de 1914 colabora con *La Nación* de Buenos Aires y en la *Revue Sud-Americaine* dirigida por Leopoldo Lugones.

El comentario de *Hispania* reseña libros de Rodó, Azorín, Lugones y otros escritores de habla española. En la sección de *Libros castellanos* saca una reseña del libro *Rosario de sonetos líricos*, publicado por Unamuno en 1911, y comentado por Sanín en *Hispania* (febrero 1, 1912). Más tarde, Unamuno lee en las mismas páginas de esta revista un artículo del colombiano titulado «La Race incomprise», trabajo discreto y sensato, pero al cual opone ciertas discrepancias. «No son fáciles de entender» —dice de los españoles Sanín Cano. «Yo no creo que seamos tan difíciles de entender», contesta Unamuno, que aprovecha para hablar mal de los hispanistas franceses que «nos hacen muchísimo más daño que aquellos otros fantaseadores a que antes aludía».

«A más de eso —añade Sanín Cano— puede decirse que ellos (los españoles) comprenden la conformación espiritual de los otros pueblos: sus guerras, sus desastres, la manera cómo sostuvieron su dominio sobre la mitad del planeta, están pregonando que ellos no entendieron lo que significa históricamente la mitad del género humano.»

⁴ Tomado de *La Prensa*; Nueva York (martes, 2 de enero de 1945).

Sanín le envía al Director de *Hispania* un artículo «Respuesta a Unamuno» con el fin de aclarar ciertos conceptos. «El señor De Unamuno da a entender que, en mi concepto, los españoles fueron vencidos en algunas batallas porque no tuvieron razón, y que haber sido derrotado es señal de falta de comprensión por parte del vencido.» Y continúa el comentario «Si don Miguel de Unamuno supone que los españoles fueron vencidos por los hispanoamericanos a principios del siglo pasado, no es sino porque desea hacerles un cumplimiento a los españoles del otro lado del Atlántico. Desde luego la guerra de emancipación fue una querrela entre españoles. El gobierno de España, no el pueblo español, una vez obligado a retirar sus fuerzas del continente, se negó a reconocer a los nuevos Estados, y vivió haciendo como si no supiera de su existencia, por decenas de años. Esto es una señal de incompetencia... Sin embargo, España no fue vencida ni expulsada. La cultura en Hispanoamérica es netamente española... Donde la población blanca de origen español predomina, España no ha sido vencida. No gobiernan allí sus hombres, pero gobiernan sus ideas; sirven de meta muchas de sus aspiraciones.»

El crítico colombiano para limar asperezas y un mal entendido con don Miguel de Unamuno, termina su artículo haciendo una apología de todo el genio hispánico «El día en que España dejara de existir, no sólo políticamente, sino también desde el punto de vista étnico, lo cual es posible y sería hondamente deplorable, porque sucumbirían en esa catástrofe grandes y hermosos complicados valores de cultura, quedaría del otro lado del Atlántico el alma española casi en su integridad. Si a más de desaparecer España como entidad étnica y política, desapareciera también en Europa la cultura que ella representa, podría reconstruirse todo el significado ético y científico de esa cultura estudiando los actuales pueblos americanos, así como sería posible reconstruir el latín, si llegara a desaparecer, estudiando las siete u ocho lenguas que de él se han derivado» (*Hispania*, julio 1 de 1913).

La actitud de Sanín Cano es fraternal, muy en consonancia con el pensar de otros hispanoamericanos que se unieron alrededor de España, como Darío, Rodó y otros al sufrir la península la desmembración final de sus últimas posesiones ultramarinas.

El interés de Unamuno por la literatura hispanoamericana era parte de una tendencia de acercamiento entre España y sus antiguas colonias, especialmente después de la pérdida de las últimas colonias ultramarinas. Unamuno empezó sus estudios sobre temas hispanoamericanos en 1894, con un estudio sobre Martín Fierro, y desde 1900 hasta 1906 reseñó con regularidad libros latinoamericanos en las páginas de la revista madrileña, *La Lectura*. García Blanco comenta:

Desde 1901 hasta la primavera de 1906, tuvo a su cargo, en la revista madrileña *La Lectura*, una sección fija, titulada «De literatura hispanoamericana». De este quehacer, el más remoto antecedente data de 1894, cuando ya llevaba tres años de catedrático en Salamanca.

En el prólogo que escribiera sobre Silva en 1908 hizo un elogio del lírica colombiano, afirmando que Silva más que el mismo Darío, es el verdadero innovador y alma del movimiento modernista en América. Es un poco diferente lo que escribió en *El cojo ilustrado* de Caracas, en 1908. Posteriormente dedicó otro estudio a Silva, publicado en *La Nación* de Buenos Aires, porque aún tenía algo que agregar al prólogo, como se lo confiesa en una carta enviada a Max Grillo, de fecha desconocida.

Al escribir sobre Silva, aprovecha para referirse a varios escritores colombianos que ya conocía a través de sus lecturas.

UNAMUNO Y RAFAEL URIBE URIBE

Don Miguel de Unamuno, que fuera socialista en su juventud y que llevara en su ascendencia vasca su constante rebeldía, al recibir unas cartas del prestigioso político liberal que representaba a Colombia exitosamente en Sudamérica, le escribió animándole para que continúe tan noble labor. Uribe Uribe fue periodista y hombre de letras, y fue confidente de poetas y mecenas de Rubén Darío y José Asunción Silva. Reproducimos a continuación la carta enviada al político colombiano, luchador en la guerra de los mil días, cruelmente asesinado en las calles de la capital colombiana.

Salamanca, 18, IV, 1910

Señor Don Rafael Uribe Uribe:

Hace tiempo, amigo —todos los amantes de la libertad lo somos— deseaba escribirle. Recuerdo unas letras tuyas que recibí del Brasil. Deseaba escribirle no más para tenderle a través del océano la mano de mi espíritu y decirle: muy bien, adelante.

Los diarios colombianos me informan de su labor, de su honda labor patriótica, y la comprendo.

Colombia es una de las patrias americanas que mejor puede comprender un español. Se parece tanto lo de ahí a lo de aquí. Es la misma lucha. Leyendo el relato que Max Grillo hizo de la última lucha civil de ahí me parecía estar leyendo el de nuestra última lucha civil, a que asistí de niño.

La patria hay que hacerla, con la libertad, es decir, con la conciencia de la ley. Y con la cultura, día a día. La hora de la emancipación que comenzó hace un siglo, Bolívar, al preparar nuestra unión espiritual —la de españoles y americanos— rompiendo la unidad política, no ha concluido.

Ustedes como nosotros, tenemos todos que buscar en el fondo de la raza el cimiento de la libertad. Hacer libertad es hacer patria.

Para los griegos, los fundadores de la ciudad, los maestros del patriotismo, era preferible la muerte al destierro, a la pérdida de la ciudadanía. El desterrado es un siervo, dice Eurípides, no puede ser sincero, no pue-

de decir lo que siente y tiene que obedecer a autoridades inferiores a él. (Para un griego, el bárbaro, el que no era como él, le era inferior.)

Y no cree usted, mi querido general y patriota, que puede ocurrir que uno llegue a encontrarse extranjero, desterrado en su propia patria —cosa terrible— si no puede decir en ella todo lo que siente, si no goza de sinceridad en ella.

Lo primero, pues, para tener patria, libertad de decir lo que se siente, es decir, libertad. Y porque usted hace patria le tiendo con mi mano, mi palabra de confort. Adelante. Y esta palabra le va de un español, ahora cuando se va a celebrar la independencia y sellar con ella nuestra unión.

Nos une la lengua, sangre del espíritu. Mientras hablemos lo mismo pensaremos y hasta sentiremos lo mismo pues con palabras no sólo se piensa sino que se siente también. El gran Bolívar llevaba en sus venas sangres más que española, españolísima, pues era sangre vasca como su apellido, como los de usted y los míos, y llevaba en su alma sangre española, es decir ardiente y vibrante verbo castellano.

Al celebrarse ahora la independencia, y al celebrarla los hijos de todos los que la hicieron, pues unos y otros, vencidos y vencedores la fraguaron, yo, un español, felicito a usted que pelea por perfeccionar y acabar la obra de la independencia.

Adiós.

Con toda efusiva simpatía a usted y a su obra, le saluda Miguel de Unamuno⁵.

UNAMUNO Y JULIO VIVES GUERRA

El Rector de la Universidad de Salamanca al cumplir sus cuarenta y seis años, le envió una colaboración a Julio Vives Guerra, director de la revista *Alpha*, publicada en Medellín, a principios de siglo. El poema iba acompañado de una carta, donde le confiesa su «debilidad por las cosas antioqueñas» y le acusa recibo de otros números de la misma revista que acostumbra «leerla». Reproducimos la misiva:

Salamanca, 29-IX-1910
Señor D. Julio Vives Guerra
Medellín

Su cuento «Como la serpiente» que acabo de leer en *Alpha* (revista que recibo normalmente) tiene, señor, un defecto capital y es el de no estar escrito en verso. Su contenido, su ambiente y su tono piden la poesía y no la prosa, por muy poética que ésta sea. Aunque está muy ceñido, el verso le hubiera a usted obligado a ceñirlo más aún. Intente usted hacer con él un poemita, pues lo merece. Sólo hay una cosa que no acaba de gustarme, y es aquello de «circundados de orejas de hastío».

⁵ *Revista Manizales*, volumen XXII, núm. 278, p. 280.

Como le digo, recibo con normalidad *Alpha* y suelo leerla. Es ya antigua mi debilidad por las cosas antioqueñas.

Y ya que tengo la pluma en la mano quiero enviarle algo para esa Revista. Ahora me ha dado por los sonetos; los hago casi todos los días. Ahí va, para que lo publiquen si les gusta, el de hoy. Mañana, 29 de septiembre, cumpla mis cuarenta y seis años.

Y ahora, salude a sus compañeros de armas los buenos soñadores antioqueños.

Suyo affmo.,

Miguel de Unamuno.

Al llegar a mis cuarenta y seis años

El 29 de septiembre de 1910

Ahora que ya por fin gané la cumbre,
a mis ojos la niebla cubre el valle
y no distingo a dónde va la calle
de mi bajada. Con la pesadumbre
de los agujeros vuelvo hacia la lumbre
que mueve la mirada. Que se acalle
te pido esta mi ansi3n y que tu dalle
riegue al cabo, Señor, toda mi herrumbre.
Cuando puesto ya el sol contra mi frente
me amaguen de la noche las tinieblas,
Tú, Señor de mis años, que clemente
mis esperanzas con recuerdos pueblas,
confórtame al bajar de la pendiente
de las nieblas salí, vuelvo a las nieblas.
Miguel de Unamuno ⁶.

CONVERSANDO CON UNAMUNO

(Max Grillo)

Mi primera entrevista con don Miguel de Unamuno efectuóse en Hendaia. Hallábase él en el destierro que le impuso Primo de Rivera, y como era tan de su solar y de su estirpe sentía hondamente la nostalgia de su España y acercábase a su frontera para dialogar, en tierra francesa, con los campesinos vascos, que no le parlaban de arquitecturas filosóficas o de humanidades salmantinas sino de sus encinares y de sus rebaños.

Miguel de Unamuno no era propiamente un erudito, aunque sabía muchas cosas de las que se ocultaban en la tierra y en el cielo. Su mayor encanto consistía en peregrinar por los campos soledosos de su país vasco, recogiendo hojas y flores de las plantas humildes que crecían a orilla de los caminos.

⁶ Revista *Alpha*. Medellín, año V, núms. 59 y 60 (noviembre y diciembre 1910).

Sabía el nombre de todas..., así como el de las estrellas, designadas poéticamente desde remotísimos tiempos por el pueblo vasco, que se precisa de ser el más antiguo del cabo asiático, centro ayer de la civilización de occidente y hoy presa de la confusión y las tinieblas.

A Unamuno disonábale que los poetas americanos empleasen palabras con desconocimiento de las especies o cosas que designaban. Por esto, paseando un día por el huerto de su casa con un poeta colombiano, quien le preguntó cómo se llamaba un arbustillo de leves flores de ambarino color que tenía de presente, le dijo: En varios de sus versos habla usted de los mirtos del amor, y no conoce la planta? Este es un mirto señor poeta.

Yo, que desde niño me he interesado por conocer el nombre de los arbustos y las flores, le pedí al insigne don Miguel que me mostrara en el campo del asfódelo, cuya flor, según yo había leído, consagraron los griegos a los muertos, como nosotros hemos dedicado la siempreviva, de corolas moradas y pétalos que perduran para ofrendarla en los sepulcros. ¡Asfódelo! ¡Qué palabra tan bella!

Aquí tiene el asfódelo me dijo una vez Unamuno, en España se llama gamón. Es una planta medicinal. Vea sus hojas largas, las flores en espiga y con una línea rojiza a lo largo.

¡Gamón! ¡Qué palabra tan prosaica! En el parque de la independencia he visto gamones, mis asfódelos griegos. El vulgo es prosaico. Rara vez conserva un bello nombre de planta o de ave. A esos convólvulos azules, que semejan ligeros copos de azul celeste, los detestaban las señoras en el Valle del Cauca. Los llamaban hace años (ignoro si han destruido la linda trepadora) ñapan-gas. Los ingleses llaman esas campánulas de cielo, morning glory (gloria de la mañana).

Vuelo a evocar el recuerdo de mi primera entrevista con el insigne don Miguel. Me esperaba en una venta de vino al por menor, llamada castizamente taberna, desde mucho tiempo antes de que el otro Miguel, el inmortal, se refiriera a sitios semejantes en su Quijote.

En Colombia, en donde toda proporción se reduce, la palabra taberna es odiosa. No así en España y en Francia, tierras en donde lozanear las más preciadas viñas y las gentes humildes, si se embriagan, lo hacen con vinos color topacio o de hirviente rubí.

Sentado en un banco, en frente de una mesa redonda y rodeado de campesinos vascos, se hallaba don Miguel, haciendo pajaritas de papel con aquella destreza, ciertamente asombrosa, de la cual hablaré luego.

Aunque aquellos contertulios de Unamuno, con los cuales solía jugar a las cartas, eran algunos de su misma edad y de rasgos comunes en su raza, no vacilé en dirigirme al grande y noble amigo, cuyos negros ojos despedían fulgor inolvidable. Porque de Unamuno podía decirse lo que Herder del autor de Fausto, que sus ojos eran todo mirada. Mostróse resentido conmigo porque muchos años antes en mi primer viaje a España no lo hubiera visitado en Salamanca. Yo estaba algo cohibido en presencia del hombre superior, de

quien había escrito bastantes páginas entusiasta. Yo no había temido sentir desilusión ante el escritor insigne. Sabía que si hay hombres sinceros y verídicos, esos hombres son los vascos.

Lo que escriben lo han vivido. Hablamos de literatura americana. Se expresó con grande elogio del prólogo de Juan de Dios Uribe a las poesías de A. J. Restrepo. En cambio, a los versos del autor *ni rey ni roque* los calificó de soflamas. Para él, Guillermo Valencia era el mejor poeta francés que había escrito en castellano, y *Entrañas de niño*, de Carrasquilla, una novela que le encantaba.

Como yo pasé una temporada en San Juan de Luz, playa francesa que dista de Hendaya, volví a verme con Unamuno y tuve el placer de verlo fabricar, con la yema de tres dedos, las famosas pajaritas de papel. Tomaba un pedazo de papel, de un tamaño que ya él tenía medido y, con un esfuerzo de los dedos, fijos los ojos en él, iba surgiendo una figura perfecta. ¿Cuál es mayor le pregunté: el esfuerzo de los dedos o el de los ojos? El de los ojos, me respondió.

Un escritor que deseó conocer el procedimiento empleado por Unamuno en la fabricación de las pajaritas, anotó: «Don Miguel encuentra tan puras y excelsas las formas y armonías de la pajarita de papel, que deduciéndolo de la inconmesurabilidad de sus proporciones, hasta llegué a atribuirle un espíritu.»

Los buitres, las águilas, el escarabajo, el cerdo: hasta dieciocho. «Según cuenta André Corthis en sus *Peregrinaciones por España*, don Miguel le dijo haberlas inventado él: ser el escultor, el creador de forma, deducida de una superficie, no de un bloque. Modesto calificativo el de escultor para quien producía animales de papel con idénticas posibilidades de vida suprasensible que las que atribuía a las auténticas pajaritas.» Delante de mí modeló unas cuantas, las del cerdo, la más difícil, y la del cisne que conservo. Un editor alemán le pidió que escribiese un tratado de Cocotología, que así se llama el arte de crear pajaritas de papel. Y me refirió Unamuno que ese librito le produjo más dinero que todas sus obras en español.

Durante treinta años conservé correspondencia escrita con Unamuno. Aquí tengo sus preciosas cartas, en las cuales hay conceptos muy halagadores para mí y juicios de un alto valor crítico.

En noviembre de 1904 me escribe don Miguel: «Hora es que le escriba. No lo hacía esperando la noticia que hoy le doy y es que no hace aún cuatro días remití a Madrid, a la revista *La lectura* una larga nota referente a sus emociones de la guerra. Es una de las notas que he escrito más a mi gusto y con mayor espontaneidad. Como yo escribí una novela, *Paz en la guerra*, cuyo fondo histórico es la última guerra civil española, entre liberales y carlistas (1873 a 1876), hago en mi nota referencias a ella, porque no puede usted imaginarse analogías más profundas. Cuando usted dice del generalísimo Vargas Santos, de quien hizo usted un magnífico retrato, me recordaba a Elio. El General Pinzón está magistralmente mostrado».

«Hace usted bien en cantar al río Magdalena. El infinito se llama "aquí" y

lo eterno se llama "ahora". Hay que buscar lo grande en el propio país y en el propio tiempo. Lo mejor que tiene su libro sobre la guerra civil de los tres años es que se encontró usted con un tema digno de inspiración. Crea usted que se hacen cosas más personales contando o cantando lo que uno ha vivido que no inventando el asunto del cuento o del canto. Cuando un novelista tiene fuerza bastante de imaginación para ello, en vez de escribir novelas escribe historias. Dar vida a un personaje que existió realmente, sin faltar a la verdad histórica, exige más inspiración que crear un personaje. Si Michelet no hubiera tenido tan soberana y fuerte imaginativa habría escrito novelas y no historia.» *Continúa la carta en el mismo tono. Podrá parecer a algunos paradójal el pensamiento de Unamuno. Pero sus consideraciones extrañas una verdadera orientación crítica. Si Unamuno compuso la vida de Don Quijote y Sancho y le increpó a Cervantes la crueldad con que a veces trató al caballero manchego, escribió tal biografía porque no consideraba al héroe y a su escudero personajes ficticios, sino seres reales.*

En la carta de 25 de julio de 1905 se defiende la censura que le hace Fray Nicolás, obispo de Casanare, en carta publicada en el *Nuevo Tiempo*, en donde «el buen señor la emprende contra mí, demostrando su profunda ignorancia en teología católica».

Desde Salamanca, el 13 de octubre, me escribe «gracias, muchas gracias, por lo que me dice de mí prólogo a Silva. No sé, si como usted dice, he adivinado al hombre, pero no es difícil. ¡A través de sus versos se ve tanto en Silva que me pasó a mí! Y a mí me libró de su fin el haberme casado a tiempo. Además, ese Bogotá, tal y como a la distancia lo veo, se me parece algo como a mi Bilbao de hace treinta años cuando yo tenía veinticuatro».

«No sé si usted conoce otra cosa que dediqué a Silva, un artículo en *La Nación*, de Buenos Aires. Es que después de hecho el prólogo me quedaba qué decir».

«Tenga en cuenta que yo no conozco a Baudelaire, en quien me dijo en Bilbao un amigo está muy inspirado Silva. Aun así, Silva me parece que repensó, mejor resistió, cuanto vio en otros».

Sorprendente, dirá algún lector de estos apuntes, que Unamuno desconociera la obra de Baudelaire. Pero, por adivinación rechaza la opinión del que le insinuaba parecido entre el poeta bogotano y el autor de las flores del mal. Baudelaire, fue, ante todo, un cincelador del verso en reacción contra la facilidad del Romanticismo. Silva fue, antes que artista, poeta espontáneo que no daba grande importancia al pulimento del verso. Equivocóse el ilustre Guillermo Valencia cuando aplicó a Silva su magnífico alejandrino «sacrificar un mundo para pulir un verso». Repito: Silva, antes que artista, fue poeta espontáneo. No sacrificaba el sentimiento a la perfección de la forma. Quizá en los temas de sus *Gotas amargas* intentó parecerse al extraordinariamente sensual poeta francés.

En la misma carta transcribe Unamuno dos breves poesías que había compuesto el día anterior. Copió en seguida una de ellas, que intituló: «Se

pone el sol» y que tiene, como todos los versos que escribió el gran don Miguel de Unamuno, parecido con lo más modernizante de nuestros días:

En brazos de la tarde el sol se acuesta
en las encinas
que en rebaño apretado lo recogen
con sus copas tranquilas.
Las nubes se arrebolan
y a la luz apagada, la campiña
de pudor se reviste,
y desnuda la tierra, recogida
se abraza al cielo.
Sobre los surcos
se oye el susurro del amor eterno
y despliega sus alas
en redor el misterio.
Es la hora de la siembra,
la del recuerdo
que lleva en sus entrañas
el porvenir entero.
Es la hora del amor, la de dar hijos,
es la hora de vivir, de darse al cielo.

A Unamuno lo mató el dolor de España, yo coloco, idealmente, asfódelos sobre su tumba.

MAX GRILLO
Revista de América, «Conversando con Unamuno»,
Bogotá, octubre de 1945,
volumen IV-núm. 10, pp. 52-56.

PUBLIO GONZALEZ RODAS